

CAPÍTULO XIX

LITERATURA.

Fanáticos y toscos en un principio los sarracenos no pudieron menos de ser funestos al saber; y si no está probado el incendio de la biblioteca de Alejandria, es lo cierto que concuerda con los sentimientos de los primeros califas. El papa Agaton recomienda al emperador griego los legados que envía al concilio de Constantinopla (680) como hombres de íntegro celo, en quienes la fidelidad á las tradiciones ocupa el lugar de la ciencia. *Por qué, dice, ¿cómo es posible encontrar un conocimiento perfecto de la Sagrada Escritura en personas que viven rodeadas de bárbaros y están obligadas á proporcionarse el alimento cotidiano? Por su parte los Padres del sínodo romano escriben: Si nuestra atención se fija en la elocuencia profana, creemos que nadie puede lisonjearse de conocerla á fondo. El furor de las naciones bárbaras agita y trastorna sin tregua nuestras provincias por medio de correrías, guerras y saqueos. Así rodeados de bárbaros llevamos una vida angustiosa y llena de fatigas; nos vemos obligados á ganar nuestra vida con nuestras propias manos, por haber perecido los bienes con que nos sostenía la Iglesia y ser la fe nuestro sustento.* Habiendo pedido el rey Pepino libros al papa Pablo I, le envió éste cuantos pudo haber á las manos. ¿Y de que se componía esta colección? Del antifonario, del responsal de la gramática de Aristóteles, de los libros de Dionisio el Areopagita, la ortografía, la gramática, todos en griego: era muy poco para un papa y para un rey.

Juan (Gioanicio) de Rávena.—No nos apresuremos, sin embargo, á achacar solo semejante miseria á la invasión de los bárbaros, puesto que no encontramos que en este punto sea mejor la situación de Oriente; y nos suministran la prueba más completa de ello las alabanzas prodigadas á Juan de Rávena (679). El exarca Teodoro, á quien se le había propuesto por secretario, hizo al principio

muy poco caso de él en atención á su mezquina figura; pero habiéndole dado á leer por vía de ensayo una carta en griego de Constantino Pogonato, ¿cuál fué su sorpresa cuando el aspirante le preguntó si debía leerla en griego ó en latín! Cuando le vió descifrarla rápidamente en griego, le tomó á su servicio: encantado después Constantino de las cartas que Juan le escribía en nombre del exarca, quiso tenerle á su lado y le confió los primeros empleos del ministerio. En seguida le permitió regresar á su patria; pero cuando Justiniano II hizo su expedición ó más bien su latrocinio (pág. 347), contra Rávena (709), fué preso Juan con los demás habitantes, aunque perdonándole del castigo general de perder los ojos; pero habiendo concebido algun tiempo después recelos de su persona (711), ordenó su muerte, y el heraldo debía gritar: *El elocuente poeta Juan de Rávena es condenado á morir como un raton entre dos paredes por haberse mostrado contrario al invencible augusto.*

Aquellos estériles guardadores de la ciencia antigua, á pesar de poseer aun intacta la más hermosa de las lenguas y tantos medios de estudio, no supieron hacer sino compilaciones en que se revela una docta y monótona ineptitud; mientras que los occidentales, si bien incultos en las formas y en las cosas, ofrecen ráfagas de originalidad, y son un reflejo de su época.

San Juan Damasceno.—El literato más ilustre en todo el Oriente, aunque extraño al imperio griego, fué Juan Damasceno, nacido hacia el año 676 y educado por el monje italiano Cosme, y hermano de otro Cosme, apellidado *melodos* á causa de los cánticos que compuso. Desempeñó Juan altos empleos cerca de Abd-el-Melek. Leon el Isáurico, contra el cual habia escrito para defender las imágenes santas, se vengó de él calumniándole ante el

califa, quien le mandó cortar la mano. Añádese que se la volvió la Virgen y que pasó el resto de sus días en el convento de San Sabas en la Palestina. Allí escribió Juan Damasceno diferentes obras, y especialmente la *Exposición exacta de la fe ortodoxa*, primer sistema completo de dogmática, donde desenvolvió la filosofía peripatética, que habia superado al platonismo, y la aplicó á demostrar los dogmas católicos.

Sus *Paralelos sagrados* son extractos dogmáticos y morales de la Sagrada Escritura, cotejados con autores eclesiásticos, entre los cuales se cuentan muchos cuyas obras no han llegado hasta nosotros. Juan confiesa que los gentiles tuvieron conocimiento de Dios; busca en la naturaleza testimonios del Verbo Divino, y los encuentra, como San Agustín, principalmente en la semejanza con nuestra constitucion intelectual. Define la Providencia diciendo que es «la razon divina, por medio de la cual todas las cosas se hallan ordenadas sabia y armoniosamente;» y la filosofía «conocimiento de las cosas en lo que son, esto es, en su naturaleza.»


No dijo nada que no se encuentre en los autores que le precedieron, especialmente en los peripatéticos, modificados por los Santos Padres; alteró quizá la ciencia divina concediendo más á la argumentacion humana y á la opinion de los Padres que á las Sagradas Escrituras: sin embargo, su profundo juicio y su riquísima erudicion le hacen digno de ser colocado en primera linea, no solo en la teología, sino tambien en la filosofía, donde se le considera como uno de los fundadores de la escolástica. Los cristianos de Oriente le juzgan una regla infalible de la enseñanza teológica, que no encontró en aquellas comarcas ningun intérprete digno.


Que Carlomagno, este promovedor de todo bueno y sólido saber en Europa, no supiera ni aun siquiera escribir, es una idea que nos repugna á nosotros los modernos, acostumbrados como estamos á instruirnos en los libros; pero eran á la sazón tan raros, que se prefería la enseñanza oral; y aunque Carlomagno no pudo encontrarse en el caso de carecer de libros, tuvo que conformarse con el sistema general que consistía en leer, en oír, en discutir, abandonando la tarea de escribir á una clase inferior y mecánica. Este uso no existió solamente entonces, sino que cuatro siglos más tarde, Federico Barbaroja, protector de los poetas y tambien poeta, no sabia escribir tampoco (1): ni el rey de los francos, Felipe el Atrevido (2); ni el caballeresco Juan de Luxemburgo, rey de Bohemia, en el siglo de Dante (3); ¿qué más? Prefixe educó á Luis XIV sin enseñarle á leer ni escribir. Omitimos hablar de los muchos señores que no podían

estampar en sus cartas más que una cruz por toda firma; hasta en el siglo XIV se halla esta mención, que tal personaje no ha firmado, *por no saber escribir porque es noble*. Quizá por este motivo introdujeron los príncipes los monogramas, cifras artificialmente compuestas con las letras de su nombre (4), y que probablemente estaban hechas por el secretario.


No habiendo estudiado Carlomagno sino muy tarde la escritura, jamás pudo acostumbrar á ella su mano, aunque comunmente siempre tenia cerca de sí ciertas tablillas, sobre las cuales se aplicaba á trazar su nombre, si bien con muy poco éxito (5). Esto no le impedia ser muy instruido: se esplicaba con una elocuencia vigorosa y abundante: hablaba el latín como su propio idioma y componía versos en esta lengua. Comprendía tambien el griego y discutía á veces en las asambleas de los obispos con una precision que asombraba á los prelados; y lo más importante de todo es que amó y distinguió á todo el que acreditaba un talento distinguido: fundó escuelas, estimuló el saber, procuró que los vencedores apreciaran las ciencias, cuya tradicion se encontraba entre los vencidos, y éstos cesaran de emplear como sinónimos las palabras septentrional y bárbaro.

Cuando hizo su primera expedición á Italia (774) vió allí los restos de aquella civilizacion insigne, ya que no moral, y se propuso trasladarla á Francia. Se llevó consigo á Pedro de Pisa, que habia sido profesor en Pavia, y á Pablo Warnefrido, historiador de los longobardos. Obtuvo el primero la direccion de la escuela de palacio, que seguía á Carlomagno donde quiera que iba, y asistían á las lecciones, además del emperador, los príncipes de su familia, y todos los personajes más distinguidos que se dirigían á su corte. Esta escuela fué confiada con posterioridad á Alcuino.

(4) El monograma de Carlos era  , esto es,

Karolus, y el de Federico Barbaroja 

Las cartas pontificias se firmaban frecuentemente con

este  que significa *Bene valet*.

(5) *Tentabat scribere, tabulasque et codicillos ad hoc in lecticula sub cervicalibus circumferre solebat, ut, cum vacuum tempus esset, manum effigiandis libris assuefaceret; sed parum prospere successit labor praeposterus ac sero inchoatus.* EGINARDO.

Algunos pretenden que en este pasaje se trata, no de aprender á escribir, sino de aprender á escribir bien. Sin embargo, el texto no puede ser más claro.

(1) STRUVIO, *Corpus hist. German.*, I, 577.

(2) VELLEI, VI, 426.

(3) SISMONDI, V, 205.

Alcuino, 726-804.—En medio de la barbarie que los anglo-sajones habían llevado a Inglaterra, el cristianismo había fundado allí monasterios que llegaron a ser focos de piedad, de celo y de ciencia. La escuela de York poseía una rica biblioteca, y entre el número de las obras que contenía, se contaban las de Aristóteles. Allí se pulían los talentos con el estudio de las letras profanas, aprendiendo gramática, retórica, poesía, jurisprudencia, historia natural, matemáticas, astronomía, cronología, además de las Sagradas Escrituras. Alcuino nació en York y allí fue educado. Habiéndose encaminado después a Roma para solicitar allí el palio de un nuevo arzobispo de su patria, a su regreso pasó a Parma, donde fue conocido por Carlomagno. Este indujo a Alcuino a fijar su residencia en Francia, donde le asignó en breve tres opulentas abadías: le hizo su consejero íntimo, y le constituyó reformador de las letras, como él lo era de la política. Alcuino escribió comentarios sobre la Sagrada Escritura, buscando en ella alegorías y sentidos morales; tratados dogmáticos y trabajos de liturgia: *Sobre los vicios y las virtudes*, enteramente práctico, y en que se descubre de una manera ingeniosa de observar la naturaleza humana; otro *Sobre la razón del alma*; y además obras literarias, por ejemplo, un diálogo entre el autor y Carlos, en el cual le espone los métodos de los antiguos retóricos y sofistas, con especialidad en lo concerniente a la dialéctica y a la elocuencia forense. También escribió vidas de santos y la de Carlomagno, que por desgracia se ha perdido, a la par que nos quedan demasiadas poesías suyas, sobre asuntos del momento en su mayor parte (6).

Escribe en una lengua inculca, con un estilo duro, haciendo ostentación de ciencia, y además prodigando hasta el exceso adornos que no realzan la trivialidad de las ideas. Aun cuando argumenta al estilo de los teólogos, se cuida muy poco de la forma, y sabe elevarse hasta la filosofía y la literatura antigua. Muéstrase versado, no solo en el conocimiento de los Padres latinos, sino también en el de los mejores autores profanos. Supo todo cuanto las ciencias abarcaban en su tiempo, y reunía las dos literaturas, civil y religiosa, cuyo divorcio parecía absoluto.

En la escuela del palacio, donde se renovaban cotidianamente los oyentes, y a donde les llevaba más bien el deseo de cultivar su entendimiento que la necesidad de aprender una ciencia, no era posible dar lecciones encadenadas y progresivas sobre una materia determinada. De consiguiente, es probable que Alcuino tratara cada vez un asunto diverso, ajustándose a los oyentes que acudían a la escuela, a las preguntas que le eran dirigidas, al interés del momento, y a los conocimientos que él

mismo adquiría gradualmente. Nos queda una disputa entre él y Pepino, rey de Italia, que trasladamos aquí en parte (7), para dar una idea de aquella en-

- (7) Pepino. ¿Qué es la escritura?
 - Alcuino. La guardadora de la palabra.
 - P. ¿Qué es la palabra?
 - A. El intérprete del alma.
 - P. ¿Qué es lo que da nacimiento a la palabra?
 - A. La lengua.
 - P. ¿Qué es la lengua?
 - A. El látigo del aire.
 - P. ¿Qué es el aire?
 - A. El conservador de la vida.
 - P. ¿Qué es la vida?
 - A. Un goce para los venturosos, un dolor para los miseros, la expectativa de la muerte.
 - P. ¿Qué es la muerte?
 - A. Un acontecimiento inevitable, un viaje incierto, un asunto de llanto para los vivos, la confirmación de los testamentos, el ladrón de los hombres.
 - P. ¿Qué es hombre?
 - A. El esclavo de la muerte, un viajero pasajero, huésped en su morada.
 - P. ¿Cómo está colocado el hombre?
 - A. Como una linterna espuesta a los vientos.
 - P. ¿Dónde está colocado?
 - A. Entre seis paredes.
 - P. ¿Cuáles son?
 - A. Lo de encima, lo de abajo, lo de delante, lo de atrás, la derecha y la izquierda.
 - P. ¿Qué es el sueño?
 - A. La imagen de la muerte.
 - P. ¿Qué es la libertad del hombre?
 - A. La inocencia.
 - P. ¿Qué es la cabeza?
 - A. La cima del cuerpo.
 - P. ¿Qué es el cuerpo?
 - A. La morada del alma.
- Aquí se habla de las diversas partes del cuerpo, y luego continúa:
- P. ¿Qué es cielo?
 - A. Una esfera movable, una bóveda inmensa.
 - P. ¿Qué es la luz?
 - A. La antorcha del día.
 - P. ¿Qué es el día?
 - A. Una excitación al trabajo.
 - P. ¿Qué es el sol?
 - A. El esplendor del universo, la belleza del firmamento, la gracia de la naturaleza, la gloria del día, el distribuidor de las horas...
 - P. ¿Qué es tierra?
 - A. La madre de todo lo que crece, la nodriza de todo lo que existe, el granero de la vida, el abismo que lo devora todo.
 - P. ¿Qué es el mar?
 - A. El camino de los audaces, la frontera de la tierra, la hospedería de los rios, el manantial de las lluvias...
 - P. ¿Qué es invierno?
 - A. El destierro del verano.
 - P. ¿Qué es primavera?
 - A. El pintor de la tierra.
 - P. ¿Qué es verano?
 - A. El poder que viste a la tierra y madura los frutos.
 - P. ¿Qué es otoño?
 - A. El granero del año.

(6) El abate Froben publicó en Ratisbona la mejor edición de las obras de Alcuino, 1777, 2 tomos en folio.

señanza desparramada y absoluta, en la que pueriles preguntas producen a menudo respuestas también pueriles. Nótese en ellas esa curiosidad ávida que en la juventud del hombre, como en la de las sociedades, se aventura al acaso, sobre todo lo que

- P. ¿Qué es año?
 - A. La cuadría del mundo...
 - P. Maestro, tengo miedo al mar.
 - A. ¿Qué es lo que al mar te lleva?
 - P. La curiosidad.
 - A. Si tienes miedo, te seguiré adonde quiera que vayas.
 - P. Si supiera yo lo que es una nave, te prepararía una para que vinieras conmigo.
 - A. Una nave es una casa errante, una posada en todas partes, un viajero que no deja en pos de sí ninguna huella...
 - P. ¿Qué es yerba?
 - A. La vestidura de la tierra.
 - P. ¿Qué son legumbres?
 - A. Los amigos de los médicos, la gloria de los cocineros.
 - P. ¿Qué es lo que hace dulces las cosas amargas?
 - A. El hambre.
 - P. ¿De qué no se cansan los hombres?
 - A. De la ganancia.
 - P. ¿Cuál es el sueño de los que están despiertos?
 - A. La esperanza.
 - P. ¿Qué es la esperanza?
 - A. El alivio del trabajo, un suceso dudoso.
 - P. ¿Qué es la amistad?
 - A. La similitud de las almas.
 - P. ¿Qué es la fe?
 - A. La certidumbre de las cosas ignoradas ó maravillosas.
 - P. ¿Qué es lo maravilloso?
 - A. He visto hace poco un hombre en pié, andar a un muerto y que jamás ha existido.
 - P. ¿Cómo puede ser eso? esplicádmelo.
 - A. Es una imagen en el agua.
 - P. ¿Porqué no he comprendido eso por mí mismo habiendo visto tantas veces una cosa semejante?
 - A. Como eres joven, de buen carácter y dotado de natural talento, te propondré otras cosas extraordinarias; prueba a descubrirlas por ti mismo.
 - P. Así lo haré, pero si me equivoco corrígame.
 - A. Se cumplirá tu deseo. Alguno a quien no conozco ha conversado conmigo sin lengua y sin voz; no había existido antes, ni existirá después, y no le he oído ni conocido.
 - P. Quizá haya sido un sueño.
 - A. Precisamente, hijo mío. Oye además esto: he visto a los muertos engendrar al vivo, y por el soplo del vivo han sido consumidos los muertos.
 - P. Quizá frotando dos ramas ha nacido el fuego que ha consumido a las ramas.
 - A. Es verdad.
- Siguen aquí catorce enigmas por el estilo, y la conversación concluye así:
- A. ¿Qué es lo que existe y no existe al mismo tiempo?
 - P. La nada.
 - A. ¿Cómo puede existir y no existir?
 - P. Existe de nombre, no de hecho.
 - A. ¿Qué es un mensajero mudo?
 - P. El que tengo en la mano.
 - A. ¿Qué tenéis en la mano?
 - P. Mi carta.
 - A. Lee, pues, felizmente, hijo mío.

se presenta, multiplica frívolas preguntas, se contenta con frívolas razones, se complace en analogías inesperadas y en cuanto ofrece sutileza de ingenio.

Academia.—Esta disposición infantil, resultado de una naturaleza salvaje que se educaba a la sazón en las reminiscencias clásicas, aparece en una institución que se ha continuado después en los siglos más cultos: queremos hablar de una academia formada de cuantos hombres reunía la corte dotados de un talento insigne. Cada uno tomaba allí un nombre histórico: Carlomagno se llamaba David; Alcuino, Flaco; Wala, Arsenio ó Jeremías; Angilberto, Homero; Frigidiso, Nataniel; Amalarico, Sinfosio; Gisla, Lucia; Gundrada, Eulalia, y se designaban entre sí con estos nombres (8). Cuando aun en Italia pudiéramos sentirnos con ánimo de reír de estas niñerías de hace diez siglos y que todavía existen hoy, convendría reflexionar que solazaban al hombre más ilustre de la Edad Media, al más distinguido talento de aquel siglo. De importancia muy distinta era frecuentemente la correspondencia de Alcuino con sus contemporáneos, de la cual nos quedan doscientas treinta y dos cartas, treinta de ellas dirigidas a Carlomagno, no para hacerle la corte, sino sobre puntos importantes, ora de política, de religión ó de ciencia.

Cuando Alcuino pidió descanso, Carlomagno le permitió retirarse a su abadía de San Martín, que poseía entonces más de veinte mil colonos. Restableció allí la disciplina, hizo llevar de York libros y multiplicar las copias, y formó muchos discípulos. «Yo, vuestro Flaco (escribía a Carlos), según vuestra exhortación y vuestra sabia voluntad, me dedico a preparar a los unos, bajo el techo de San Martín, la miel de las Sagradas Escrituras; trato de embriagar a los demás con el vino rancio de los antiguos estudios; nutro a éstos con los frutos de la ciencia gramatical; hago brillar a vista de aquellos el órden de los astros. Pero me faltan los libros más escelentes de erudición escolástica que me había procurado en mi patria. Pido, pues, a vuestra escelencia, que me permita enviar algunos de nuestros servidores, con el objeto de que traigan a Francia las flores de la Bretaña.... En la mañana de mi vida, he sembrado en la Bretaña los gérmenes de la ciencia, ahora cercano a la noche, y aunque mi sangre se ha enfriado, no dejo de sembrarlos en Francia, y espero que con la gracia de Dios prosperarán en uno y otro país.

Conociendo Alcuino la importancia de la literatura clásica, se dedicó a corregir los manuscritos alterados, mutilados ó traspuestos por amanuenses.

(8) Como vivo en el país de los poetas árcades, apenas me atrevo a sonreír cuando leo la ep. 11 de Alcuino Riculfo: «Soy como un padre privado de sus hijos. Dametas está en Sajonia, Homero en Italia, Cándido en la Bretaña: una enfermedad detiene a Martín en San José, y no tengo noticias de Mopso.»